

Raúl Zurita. *ENSAYOS REUNIDOS*. Barcelona: Random House, 2023: 324 pp.

Que Raúl Zurita no puede prescindir de la poesía cuando especula acerca de las creaciones de los otros se pone de manifiesto en su últimos *Ensayos escogidos*, prologados por Carlos Peña y dedicados a Pedro Medrano Rojas, *in memoriam*: en esa gavilla de textos dispersos y discontinuos reunidos en un libro recopilatorio en los que la crítica estética se avecina con la consideración literaria, la pintura se hilvana con la novela, el comentario sobre el arte contemporáneo se entrelaza con la *Iliada* o con los *Artefactos* de Nicanor Parra. Así, el amigo del Juan Luis Martínez que compuso en Valparaíso *La nueva novela* reivindica a la monja portuguesa María Alcoforado debido a una reciente versión española de sus cartas de amor y, de la mano de *Las Euménides* de Esquilo, escribe acerca de Francis Bacon en un capítulo titulado “La cruz y la nada” que, de algún modo, recuerda a la elección radical que William Faulkner planteaba al final de *Las palmeras salvajes* reescritas por Borges: el dolor o la nada, el amor o el vacío. De las epístolas alentejanas de sor María Alcoforado no le interesa dilucidar si ella fue o no fue la autora de las cinco que le atribuyeron en Francia (Carmen Martín Gaité lo negó basándose en sus propias pesquisas) sino la bondad de la traducción de Almudena Alfaro (a la que califica de “notable y bellísima” 203), así como el hecho de que murió de vieja y no a causa de su pasión insatisfecha, o su afinidad poética con Teresa de Ávila.

Este volumen con cuarenta y cuatro episodios de extensión variable evita el enjundioso trabajo de obligar a los lectores devotos a rastrear en las bibliotecas buscando sus fragmentos dispersos, a hurgar en las páginas tediosas de las publicaciones periódicas o en los panegíricos y las exégesis persiguiendo sus luminosos y metafóricos *Comentarios a las guerras de las Galias*, en los que se excluye la amonestación y la diatriba, lo condenatorio y punitivo. Raúl Zurita no ejerce aquí de crítico literario ni de analista de textos que expone sus argumentos más o menos fundamentados en el corpus disciplinar según las exigencias de la metodología al uso, sino de pontífice civil que enuncia cara al viento, desde el acantilado y no desde el púlpito, sus proclamas: “Toda obra literaria es siempre un monólogo” (227); “Si la *Divina comedia* nos atañe todavía, en este tiempo, es porque es el poema máximo de la soledad” (228); “Es una de las frases más conmovedoras que se hayan escrito, precisamente porque no es cierta” (41) concluye expeditivo en la abertura de “Walt Whitman, camarada nuestro”. Lapidario, como fueron los epinicios de Simónides de Ceos estudiados por Anne Carson en *Economía de lo que no se pierde*, y siempre benevolente con las

obras ajenas (elude todo lo negativo, prescinde de la acidez y el ensañamiento, del ruido y de la furia), escribe de aquello que le atañe o que lo emociona, al margen de la actualidad de la causa.

La totalidad de los ensayos que convergen en la oreada casa de citas que es este compendio provisional han sido publicados en el siglo XXI como artículos independientes, prólogos, homenajes, celebraciones, ceremonias de investidura, monografías o capítulos de catálogos ocasionales. Solo uno es inédito, y es el más breve de ellos: “Notas para un futuro exterminio” reza en su encabezamiento. Ajenos a las coerciones de lo académico, sus títulos no siempre anuncian su contenido. “Pablo de Rokha y la sangrienta paradoja de la escritura” se ocupa del suicidio del poeta autor de *Epopeya de las comidas y las bebidas de Chile*, y “A plena noche” de los delatores y los plagiarios. Se encadenan, por ejemplo, “Tres ensayos sobre la fotografía” (a propósito de Paz Errázuriz, Luis Poirot y Jorge Brantmayer) y “¿Con qué puedo abrazarte?” porque Van Gogh y Borges son, en ambos casos, traídos de la mano a colación. Es el Jorge Luis Borges narrador que se atribuyó “Funes el memorioso” y el poeta que escribió: “Te ofrezco mi soledad, mi oscuridad, el hambre de mi | corazón; estoy tratando de seducirte con la incertidumbre, | con el peligro, con la derrota” (119), que son las palabras con las que el Ingeniero Civil en Estructuras porteño traduce “What can I hold you with?”, el segundo de los *Two english poems* del bonaerense, para reflexionar sobre la culpa, la condena y la absolución. Y a ellos se adosa, por el extremo de cola, “La ferocidad de un tiempo breve”, donde la *Residencia en la tierra* de Pablo Neruda se aprovecha para afirmar que: “Somos así los testigos tardíos de un hecho que ningún artista quiere ver expuesto porque es un adelanto de su propia muerte: el radical no dominio de los seres humanos sobre el lenguaje” (127). Más allá, Idea Vilariño salta acrobáticamente, impulsándose en Lucrecio (*De rerum natura*), hasta el Cesare Pavese que nos recuerda que: “Para todos tiene la muerte una mirada” (221). Si en “La noche irrepresentable” atiende a los *Poemas de amor* de la uruguaya (“No volveré a tocarte. | No te veré morir”, 213), en “Vendrá la muerte y tendrá tus ojos” reivindica que la palabra significativa de ese verso crucial no es el sustantivo muerte sino la palabra ojos: que los ojos, en último término, cuentan más que la propia muerte.

Raúl Zurita, el creador de esos lugares dantescos denominados *Purgatorio* (1979), de *Anteparaiso* (1982) y de *El paraíso está vacío* (1984), el compositor del álbum fotográfico y poemático contenido en *El amor de Chile* (1987), desgrana las obras de los otros filtrándolas en el cedazo de sus propias palabras obreras, cerniéndolas con la certidumbre de sus dudas y de sus inquietudes. En “El grafiti más bello del mundo” pontifica que: “Todo lo demás es administración de la tristeza” (105); que: “Es insalvable la diferencia que separa a un gran escritor de un mal escritor; un gran escritor plagia todo lo que se debe plagiar, mientras que el mal escritor plagia todo, menos lo que debe plagiar” (91), según asevera categórico en “A plena noche”, y, en “El tratado del llanto”, que: “Como en la *Iliada*, el tema es una batalla” (79). El tema

común de sus *Ensayos reunidos* es, en efecto, la batalla entre dos contendientes que se conocen, la vida como conflicto perpetuo, los enfrentamientos que aspiran no a la destrucción mutua sino a la felicidad transitoria de la cópula. El único tema nuclear de esta sobria autobiografía es el amor. El insaciable amor humano que un día se engendra en Miriam Martínez Holger, que otro se gesta en Diamela Eltit y que otro, ya terminal, se consolida conyugalmente en Paulina Wendt, “con quien moriré”, informa el poeta que quiso cegarse en sus dedicatorias desde 2009. “Yo lo único que quiero ahora es hablar de amor” (221), insiste el traductor de Dante Alighieri. *Ensayos reunidos* es, en definitiva, un indisimulado tratado acerca de la soledad y del amor. Es, desde la perspectiva de este arquitecto, una reivindicación de la capacidad absolutoria del amor.

José Joaquín Parra Bañón
Universidad de Sevilla

